**Domingo de la Santísima Trinidad (27.05.2018): Mateo 28,16-20.**

***“Estoy en vosotros. Siempre”.* Te lo susurro y lo escribo CONTIGO.**

En el domingo último de este mes de mayo, nuestra católica comisión de la liturgia vaticana nos propone la lectura del último párrafo del Evangelio de Mateo que dice así: *“Los ONCE discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos, sin embargo, dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Yo estoy en vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mateo 20,16-20).

Así de breve y claro. Es el final de un relato muy largo sobre Jesús de Nazaret que alguien escribió unos cincuenta años después de la muerte de esta persona. No fue la primera narración que se escribió sobre él y no fue tampoco la última. ¿Quién escribió este Evangelio de Jesús de Nazaret? Nadie lo sabe. Nadie sabe quién fue el llamado ‘Mateo’. ¿Por qué y para quiénes se escribió este relato? Lo escribió aquel que no se lo pudo ya guardar en sus adentros por más tiempo y se lo compartió a quienes desearan leérselo. Así, creo, se dice en Mt 7,12.

Cuando voy leyendo despacio las expresiones de este final de Mateo siento que crece dentro de mí la certeza de ser uno de aquellos que ‘dudaron’. Dudo que Jesús de Nazaret dijera explícita y textualmente: ***“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra”*** (Mt 28,18). ¿Esto no es el poder absoluto? ¿El que, a la postre, corrompe absolutamente?

Si esta afirmación con todo cuanto implica es cierta, ¿también serán ciertas las afirmaciones que dice este mismo Jesús en 23,8-12? El ‘todo poder’ afirmado en Mateo 28 no puede comulgar ni abrazarse con el ‘todo servir’ de Mateo 23. Sólo quiero fiarme de un Jesús, porque sé que no existieron dos. Y menos, dos tan opuestos.

Si a alguien no le convence mi lectura en paralelo de estos dos textos en Mateo, le invito a leerse Mateo 20,20-28 donde se habla de **‘la grandeza y la pequeñez’** que vive y pide este mismo Jesús… del ¿todopoder? No… del ¡todoservir!

Si a alguien no le convence mi lectura, me atrevería a invitarle a meditar el llamado ‘primer discurso’ que este Mateo puso en labios de su Jesús mientras estaba en el monte de Galilea, el mismo donde están ahora en el final del Evangelio. En este único y el mismo monte llamado de ‘las bienaventuranzas’ (Mateo 5-7 en paralelo con Mateo 28,16-20) no es posible que este Jesús sea un Jano de dos caras contrapuestas. Un Jesús de poder absoluto, en el cielo y en la tierra, aquí y allá, jamás hubiera muerto crucificado en la plenitud de su excelencia.

El último párrafo de este comentario lo dedico al último verso de esta buena noticia de Jesús de Nazaret que es el Evangelio de Mateo: *“Estoy* ***en*** *vosotros siempre”*. Él está en mí. Y en ti. Y en cada persona. Lo veas o no. Lo toques o no. Lo sientas o no. Tú eres su vida. Vive tu vida. Respira en ti, como el hijo en las entrañas de la madre. ¿Puede haber otra comunión mayor? ¿Existe acaso otro sagrado sagrario o santuario más explícito que todo ser humano? *“Todo cuanto deseas que te hagan los demás, házselo a ellos. Ésta es toda la Ley”*. La única religión.

**Domingo 26º de Lucas (27.05.2018): Lucas 8,40-56.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

El tercer apartado del capítulo octavo del Evangelio de Lucas es un precioso texto, primero literario, por ser una muy precisa palindromía. Y, en segundo lugar, es una delicia teológica que rompe tantos esquemas de la religión judía que aún estamos en las iglesias de la cristiandad sin atrevernos a asumir todo cuanto se esconde bajo la expresión ‘*tu fe te ha salvado’* (8,48).

El apartado se inicia con esta indudable precisión narrativa: *“Cuando regresó Jesús, le recibió la gente, pues todos le estaban esperando”* (Lc 8,40). Venía este Jesús del Evangelista Lucas, acompañado de cuantos estaban con él en la barca, desde la orilla oriental del lago de Galilea. Allá había realizado una nada sencilla misión evangelizadora: abrazar al ‘deshumanizado enemigo geraseno Legión’ hasta despertar en él su identidad de persona, de ser humano.

Al volver a pisar tierra, en la occidental orilla judía del lago-mar de Galilea, las gentes lo reciben con deseos de sentirse cerca de él. Y de en medio de la multitud, cuenta el narrador, surge en primer lugar un hombre conocido y luego una mujer sin nombre, anónima. Sin embargo, la presencia de la mujer desconocida ocupa el centro de la palindromía (8,43-48).

Abrazando, literariamente, esta escena de la mujer de ‘los flujos de sangre’ se nos cuenta la presencia de un hombre que se llama Jairo y es padre de una niña que está empezando a ser mujer, porque tiene ya los doce años y está muriéndose (¿con qué tipo de muerte?). Este hombre de nombre griego es el jefe de la sinagoga del poblado galileo (8,41-42).

La tercera parte de la palindromía (8,49-56) acontece en la propia casa de Jairo y en la explícita intimidad de siete personas: la niña ya mujer (una), el padre (dos) y la madre (tres) de la niña-mujer, tres discípulos de Jesús: Pedro (cuatro), Juan (cinco), Santiago (seis) y el evangelizador Jesús de Nazaret (siete) que ya le anuncia al padre su siempre alentadora buena noticia: *“ten fe y sanará”* (8,49-50).

El Evangelio de Marcos (5,21-53) y el Evangelio de (Mateo (9,18-28) cuentan cada uno con su peculiar estilo e intencionalidad esta misma palindromía de la enfermedad-salud de estas dos mujeres: una de doce años y la otra, curiosamente, de doce años más otros doce años. Una dejaba de ser niña y empezaba a ser mujer. La otra tenía ya doce años de experiencia de mujer. **¿De qué enfermedad se trata en estas tres tan semejantes palindromías, a la vez narrativas y teológicas, transmitidas por medio de los tres Evangelios sinópticos?**

La lectura crítica que hacen mis neuronas no me deja lugar a duda alguna: **la enfermedad es ser mujer**. ¿Incurable? En aquellas tierras de Israel, en aquellos años del siglo primero en los que vive el laico y galileo Jesús de Nazaret y para el pensar, creer y vivir de aquella cultura, sociedad y religión sólo era persona -o ser humano- el varón, el sexo masculino. Toda niña es una cosa que le pertenece al padre. Y una vez que este padre consigue casar a su hija, ésta es una cosa que le pertenece a su nuevo amo que es su marido. **Romper y transformar tales maneras de pensar y de actuar es… ¡el milagro!** Con este Jesús, diría, toda niña es persona.